



Confirmaciones en Villagonzalo

Domingo XVI del Tiempo Ordinario

El Evangelio del domingo pasado nos recordaba que Jesús ***“llamó a los que quiso”*** y de entre ellos ***“instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios”*** (Mc 3, 13-15).

Jesús forma una comunidad con los hombres que han acogido su llamada, lo han dejado todo y se han ido con él. Los ha elegido primero ***“para que estuvieran con él”***. En estas pocas palabras se contiene lo ***“único necesario”*** (Lc 10, 42) de los discípulos de Jesús: escuchar su palabra y acogerla no como una mera adhesión intelectual a la enseñanza de su maestro, sino como camino para la comunión de vida con él. La relación personal con él (cf. Hch 1, 21; 1 Jn 1, 1-4) tiene la primacía sobre todo lo demás. Los discípulos son testigos de Jesucristo y comparten su existencia y su particular estilo de vivirla; no son propagandistas de una doctrina ni militantes de una ideología.

A estos doce discípulos los constituye apóstoles, es decir, enviados para realizar su misma misión con su propio poder. Y ***“los apóstoles marcharon y predicaban la conversión. Expulsaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban”***.

Los apóstoles han comprobado estos frutos en su misión y, al volver, se lo cuentan a Jesús. El texto de Marcos hoy leído dice brevemente que los apóstoles se reunieron ***“con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado”***. Han prolongado la actividad y la predicación de Jesús (cf. Mc 6, 6) con su misma autoridad y, en consecuencia, como narra más ampliamente el Evangelio de Lucas, los apóstoles comunicaron al Señor: ***“Hasta los demonios se nos someten en tu nombre”*** (Lc 10, 17).

Y Jesús ratifica con su propio testimonio el fruto de la misión, al decirles: ***“Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad os he dado el poder de pisotear... todo poder del enemigo... Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo”*** (Lc 10, 18-20). Este es también el motivo principal de la alegría de Jesús respecto de sus discípulos, como manifiesta en esta oración: ***“Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños”*** (Lc 10, 21), es decir, en primer lugar a aquellos discípulos, a quienes dijo: ***“Bienaventurados los ojos que ven lo que veis”*** (Lc 10, 23).

Este diálogo entre Jesús y los doce nos ayuda a comprender mejor la intención de Jesús cuando invita a los apóstoles, vueltos de la misión, a retirarse a solas con él. Jesús es



verdaderamente el pastor que vela sobre el “pequeño rebaño” (Lc 12, 32) de su comunidad de discípulos; como buen pastor, los invita a reposar: **“Venid vosotros solos a un lugar desierto a descansar un poco”**. Y Marcos añade: “Porque eran tantos los que iban y venían que no encontraban tiempo ni para comer”.

La expresión **“venid a un lugar desierto”** no designa sólo la invitación a un lugar de reposo, sino también la llamada a un verdadero y propio retiro a su intimidad para consolidar y renovar la unión con él, abriéndoles los ojos para comprender y sentir la dicha de haber visto los frutos de la llegada del Reino de Dios. Se trata, por tanto, no simplemente de reponerse del cansancio de la misión, sino sobre todo de **“estar con Jesús”** (cf. Mc 3, 14), de pasar con él momentos de comunión gratuita, sin otro motivo que el de que la propia vida descansa en él. Jesús mismo da ejemplo a sus seguidores procurando frecuentemente profundizar en su comunión con el Padre: se levanta de madrugada, busca lugares solitarios para orar (cf. Mc 1, 35; 6, 46), se retira al desierto (cf. Mc 1, 45). Sus discípulos deben imitarlo, dando preferencia al **“estar con Jesús” antes y después de la misión**; para prepararse a realizarla y para comprender sus frutos y dar gracias a Dios por ellos. Una vez sembrada la semilla, ésta crece por sí misma mientras el labrador descansa.

Pero en la ocasión referida en el texto evangélico de hoy, el descanso les resulta imposible tanto a los apóstoles como a Jesús. Ya anteriormente el retiro en “lugares solitarios” no había logrado proteger a Jesús del acoso de la multitud que, al tener noticia de sus milagros, acudía a él de todas partes (cf. Mc 1, 45). Ahora, el propósito de retirarse a solas es descubierto, a pesar de haber partido en una barca hacia la otra orilla del lago. El descanso de quien anuncia el Reino es tan necesario como incierto. Por ello, el discípulo debe contar con que sus proyectos pueden verse frustrados y ha de ejercitarse en el arte de aceptar lo imprevisto.

Así lo refleja el texto: *“Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron”*. Resulta impresionante la rapidez de esta multitud: llegan antes que la barca, a pesar de tener que rodear el lago y atravesar el Jordán. Es la prisa de los pequeños, sencillos y humildes, que encuentran en la palabra de Jesús la invitación al banquete del Reino. En la Sabiduría de Jesús hallan descanso (cf. Eclo 6, 28; 51, 23-27) y alimento (cf. Prov 9, 1-6; Eclo 24, 19-21). La multitud tiene hambre de la palabra de Dios, que Jesús enseña con autoridad (cf. Mc 1, 22), y no ha olvidado su consoladora invitación: **“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré”** (Mt 11, 28).

“Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas”. **Jesús se compadece**: este verbo expresa los sentimientos más profundos de Dios, sus entrañas de misericordia ante las situaciones de enfermedad, pobreza y pecado en que los seres humanos llegan a encontrarse (cf. Mt 18, 27; Lc 15, 20). Jesús, por su parte, asume los sentimientos del Padre, haciéndose misericordiosamente próximo de quienes pasan



necesidad (cf. Lc 10, 33), conmoviéndose frente al mal que impide vivir en plenitud (cf. Mt 20, 34; Mc 1, 41; Lc 7, 13).

En este caso, el motivo de su compasión es el ver a la gente **“como ovejas sin pastor”** (cf. Nm 27, 17; 1 Re 22, 17): su compasión es la del Mesías, esperado como pastor capaz de guiar y alimentar a la grey de Israel, según lo había anunciado el profeta Jeremías: *“Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas... Les pondré pastores que las pastoreen... y ninguna se perderá... Suscitaré a David un vástago legítimo; reinará como rey prudente, hará justicia y derecho en la tierra. En sus días se salvará Judá, Israel habitará seguro, y lo llamarán con este nombre: El Señor nuestra justicia”* (Jr 23, 1-6; cf. Ez 34). Jesús es el vástago legítimo de David, que viene a reinar con justicia y a salvar a Judá e Israel. Más aún, Jesús es el pastor bueno de todo hombre (cf. Jn 10, 11.16).

Las multitudes están también hoy sin pastor, pero ya no acuden en masa a escuchar la Buena Noticia de Jesús, que les anuncia la Iglesia. Muchas veces parece que son gentes que no sienten necesidad de pastor. Por ello, son ahora más necesarios los signos eficaces de compasión, de acogida y de respeto a los caminos y tiempos de sus búsquedas, o de sus recelos e indiferencias. Nosotros, como discípulos de Jesús, estamos llamados a ser pastores los unos para los otros. Pero, en realidad ¿estamos dispuestos a participar en la compasión del “pastor y guardián de nuestras vidas” (cf. 1 Pe 2, 25), o nos fastidian las peticiones de ayuda imprevistas de nuestros hermanos? ¿Nos dejamos conmover por quienes pasan necesidad de bienes materiales o de orientación espiritual y hacemos lo posible para satisfacer sus carencias y colmar su sed de sentido? La compasión será un testimonio de que Dios reina en nuestra vida cotidiana, y es el fundamento más válido para un anuncio auténtico del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

El envío a la misión por parte de Jesús es una consecuencia ineludible de nuestro bautismo y confirmación; constituye una llamada para cualquier lector u oyente del evangelio. Así pues, todo cristiano está llamado a ser testigo del Evangelio en medio de los hombres, consciente de que **su misión será tanto más eficaz cuanto más viva en comunión con Cristo, hasta llegar a vivir como Cristo, que habita ya en él** (cf. Gal 2, 20).

Esta comunión con Cristo ha de ser la clave de nuestra existencia y, en particular, de la vida de quienes hoy sois confirmados en la fe. En efecto, por la sangre de Cristo hemos sido reconciliados con Dios y somos en Cristo un solo hombre nuevo y miembros de su único cuerpo; hemos recibido la libertad del Espíritu, para vivir en la paz y en el amor de Cristo. Así pues, Jesús ha satisfecho nuestra deuda y se ha hecho él mismo nuestra justicia; nos ha hecho justos ante Dios. **“Ahora estamos en Cristo Jesús” y “él es nuestra paz”**.

La vida en Cristo la recibimos también nosotros a través de la escucha de la Palabra de Jesús y **siendo marcados por Cristo con el sello del Espíritu Santo**. Los marcados por



Carlos López Hernández

el Espíritu Santo no nos poseemos a nosotros mismos; somos propiedad de Cristo. Porque es Cristo quien vive en nosotros, vivimos para él y para los hermanos, no para nosotros mismos. Nuestra grandeza, nuestra perfección y nuestra alegría plena no están en encerrarnos en nuestros intereses personales y en hacernos esclavos de nuestras apetencias, sino en abrimos a la verdad, al amor y la libertad del Espíritu de Jesús, y en hacernos todos servidores de los demás por amor. Estamos llamados a seguir el ejemplo de Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir y dar la vida por la salvación de cuantos creen en él. Esta referencia a la salvación indica que el servicio de Jesús no estuvo orientado a la mera satisfacción que producen los bienes de este mundo, sino a hacernos partícipes de los bienes del Reino de Dios. Nuestro servicio a los hermanos, por tanto, ha de ser también un servicio de amor que alcanza la cima en su salvación por Jesucristo.

Los que hoy sois confirmados, estáis llamados a ser servidores en la familia, colaborando en los trabajos comunes y haciendo más agradable la convivencia en el hogar. Servidores en el colegio, en la universidad, en el ámbito de trabajo, buscando la promoción de todos y el respeto de sus derechos. Servidores en los espacios de ocio, cuidando celosamente la dignidad y el respeto de todos. Servidores en la sociedad, aliviando con sentido fraternal las necesidades de quienes se encuentran en peor situación, y comprometidos en la instauración de la justicia. Y servidores en la Iglesia, por la disposición a tomar parte en la misión que Jesús le ha encomendado para la salvación de los hombres: servidores como testigos de la fe en la celebración de la Eucaristía, en la catequesis, en los grupos de Cáritas o de cuidado de los enfermos y ancianos, como miembros de los consejos parroquiales, etc. Y, en toda situación o circunstancia, dando testimonio de la alegría de vivir la fe y de hacerla operante por el amor, también cuando os toque sufrir por ser fieles a Jesús.

Jesús pasó por la vida haciendo el bien, porque el Espíritu de Dios estaba en él. Hoy, queridos confirmandos, vais a recibir el gran don del Espíritu Santo, para que vuestro paso por la vida sea como el de Jesús. Con la fuerza de su Espíritu permaneceréis en Cristo y buscaréis los lugares y tiempos más adecuados para “**estar con él**” en diálogo de amor. Así seréis capaces de vencer en vosotros el poder del mal, de aliviar el sufrimiento y las necesidades de los demás, y de aportar fe, esperanza, amor y alegría a la vida de todos los hijos de Dios.

Villagonzalo, 22 julio de 2012